

# NARCISA

El cielo solitario y las mañanas habituales de la rutina acompañaban a Narcisa cada mañana en que se disponía a emprender una jornada más de trabajo en esa cocina, su lugar de creación y de meditación. Increpada diariamente por las molestias colectivas del personal del hospital y no así de los internos, la veta más amistosa de su espíritu humilde solía tomarse todo amanecer de la forma más calma, más profesional y condescendiente. Era una mujer, si es que hay un calificativo acorde con Narcisa, austera, simple. Era una persona lo suficientemente irracional como para lograr sobrellevar exitosamente una labor tan poco redituable socialmente: la de alimentar a una prole de enfermos lastimosos, enjutos y próximos a la muerte.

El panorama de su tarea, pisar zapallo, cortar papas, desmenuzar pollos, hervir compota, cortar flanes y colar fideos, elaboraron un entramado simétrico con su figura querible y sus piernitas regordetas. Y aunque aparentemente nada requería de un conocimiento gastronómico demasiado cuidadoso, ella pasaba horas enteras elaborando sus platos.

Tenía una naturaleza tan particular y encantadora que los enfermos la conocían directamente sin que haya sido jamás una enfermera. Más allá de las hornallas, su nombre merecía reverencia y saludos en cada rincón de las especialidades. Y Narcisa tampoco se resistía a la caricia afable, masiva, de tan peculiares comensales. A veces algún médico de oncología o de pediatría, le pedía alguna cosita para picar, entonces, chocha, recalentaba sobras todavía comestibles, rebuscaba con sus deditos gruesos entre la verdura sana y comenzaba a preparar alguna delicia apenas con pretensiones de manjar. Recibía mil felicitaciones del personal. A

ella le agradaba esa dualidad perfecta que formaba con el mundo exterior y las confirmaciones de su eficiencia.

Pero a pesar de su habitual y tan comfortable alegría, la opresión lógica de la cocina, ese cuartucho tan miserable lleno de humo y de restos harapientos de comida, provocaba algún que otro bajón. Le hacía pensar cómo sería su vida sin los enfermos, sin la gente, sin las enfermeras, sin los doctorcitos, le hacía navegar el vacío nocturno de una posible inutilidad; con frecuencia, cuando así ocurría, era capaz de salir voluntariamente de aquel pequeño pozo depresivo: pero en otras oportunidades se abandonaba a la deriva, mirando fijamente las paredes amarillas, rojas de a ratos, chorreadas de humedad, las ventanas grises, hasta que entraba una de sus amigas, la caba Ramona.

-Che, Narcisa, ¡euh! Despertate, ¿qué te pasa chamiga?, no jorobés que acá somos pocos los que nos bancamos los bajones.

Y de esa manera su ánimo se desperezaba y podía sugerir un nuevo estado, y la batalla cesaba hasta que le volvieran a avisar cuántos más habían sido dados de alta.

Aquella tarde, en la que dos de ginecología cambiaban la dieta, Narcisa estaba muy atareada tratando de levantar las arvejas que se le habían ido abajo de la mesada de mármol; una a una las iba rescatando del polvo. En ese instante, inesperadamente entró Ramona, cabizbaja, haciendo chillar apenas la puerta vaivén:

-Che, ¿vo sabé que se fueron otros nueve de Hombres? Sí, y parece que la nena que te dije ayer,

se va nomá.

-Che, ¡No me digás!

Y fue lo último que el silencio rotundo les permitió decir.

A la mañana siguiente, este paso vertiginoso del tiempo, el clima y el miedo se agrandaron cada vez que el tema de las altas se tocaba desde lejos. Narcisa, como desentendida, a propósito se enclaustró más en su labor y ya nadie la veía por los pasillos, piropando a los enfermos; los doctores comenzaron a extrañarla.

Muy de vez en cuando llegaba a sus oídos la renuncia de algún director o el viaje inesperado de algún cirujano eminente, amigo de Ramona, pero decidió que eso no la inmutaría.

La cocina se convirtió para Narcisa en un hogar, y los que todavía se acordaban de su cara cetrina no dejaban de identificar su imagen con el olor a guiso y a zapallo hervido.

Cocinó sin parar, hizo pedidos exorbitantes, cantidades astronómicas de comida, y se puso, día, noche, mañana y tarde; cocinaba y no pensaba. Cuando la atmósfera la agobiaba, descansaba limpiando los vidrios o barriendo, o desengrasando las bisagras de metal, los bordecitos del azulejo, o persiguiendo a los bichitos de la sémola. Cocinaba para tener una cena lista. Pero ya ni Ramona la visitaba y la quietud en el aparente comedor de hospital convertía en obsesivo un tic-tac intrascendente. Cuántos estarían recuperados, cuántos médicos se habrían alejado.

Llegó un momento en el que Narcisa no tuvo más lugar, era claro: alguien tenía que comerse todo eso. Parca, como últimamente se había vuelto, levantó una gran pila de platos y los colocó en unos carritos plateados, muy despacio, sin peligro de que se volcaran. En cierta forma se estaba arrepintiéndolo de las largas horas perdidas adentro; quizá era una exageración de su parte el tomar represalias en contra de un proceso que se le escapó a su voluntad; si una enfermedad se cura, el

pobre diablo no tiene la culpa, si se hace amigos en la convalecencia, el pobre diablo no tiene la culpa. Y al fin y al cabo debía buscar quien se deshiciera de ese enorme cargamento comestible, porque ya no tenía donde meterlo.

Salió sigilosamente, asustada o emocionada y con un sutil pánico creciente. Mucho silencio. Rara vez sus compañeros conservaban tanta calma, tanto sosiego, a causa de una ausencia, por eso le extrañó no escuchar ni siquiera los soliloquios de Ramona, los trotecitos de los camilleros, el bullicio de los familiares. La sala de espera, inusualmente vacía y sola; los pasillos con olor a desinfectante, oscurísimos. «¿Es posible que se hayan puesto todos de acuerdo?» se tentó a pensar por último, amenazada por el vaho del hospital. Miró minuciosamente a su alrededor, metro a metro, y dejó el carrito a un lado, que avanzó solo unos centímetros por el leve empujón.

Muy lentamente, pasito a pasito, Narcisa caminó; su marcha se hizo tenue y liviana, e incluso vacilante, y su reflejo apareció en las paredes de mosaico celeste; caminó, insistente, a la distancia, hasta perderse en el horizonte del corredor.

Julieta Brizzi  
3er. Año Letras.

